

EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL PROFESOR SCIACCA

MICHELE FEDERICO SCIACCA ESCRIBE
"IL MAGNIFICO OGGI" (*)

POR

ABELARDO LOBATO, O. P.

El lector tiene en sus manos el último volumen de las Obras completas del filósofo italiano Miguel Federico Sciacca. Es el número 41. Año tras año Sciacca ha regalado a sus lectores el fruto de sus profundas y vivas meditaciones. La acogida que le prestaron siempre le estimulaba a seguir penetrando más a fondo en su labor de maestro. Faltan todavía algunos volúmenes últimos, hasta el número 47. Pero el resto nos dará sólo reediciones de estudios con la puesta al día. Este volumen tiene un valor singular, no sólo por ser nuevo, sino por recoger las últimas páginas escritas por Sciacca. Puede decirse, su testamento. Murió en la paz de los justos el día 24 de febrero de 1975. El día 7 de febrero aparecía el último de los ensayos escritos como testimonio de presencia del espíritu en un mundo que no se abre a sus exigencias. Su pluma descansa desde entonces, pero su voz resuena poderosa a través de estos mensajes. Sciacca pervive. Es uno de los escritores que dialoga con el lector desde la primera línea, que va a fondo, que trata de penetrar hasta ese punto donde se dan cita el alma, el espíritu y la carne. Era un escritor nato. Había en él un corazón de niño y un alma de profeta. Estas páginas póstumas son un poderoso signo de su vitalidad espiritual.

Se trata de una serie de ensayos periodísticos. El primero de ellos vio la luz el día 27 de octubre de 1970. Del último ya hemos dado la fecha de 1975. El manuscrito lleva la data del 15 de diciembre de 1974. Todos ellos fueron publicados en el diario romano

(*) Il magnifico oggi. A cura di Maria Manganelli. Presentazione di Luigi Pareyson, Città nuova Editrice, Roma, 1976, pág. 293 [Obras completas, vol. 41].

Il Tempo. El mismo periódico, al iniciarse la serie, hacía la presentación con estas palabras: «Con el presente artículo comienza la colaboración con nuestro diario Miguel Federico Sciacca; se propone con ella llamar la atención de nuestros lectores sobre los problemas de fondo del mundo contemporáneo y trata de poner en evidencia las profundas «raíces» de sus tormentos y sus angustias para poder ofrecerle remedios «radicales». Nada menos que todo un programa digno de un filósofo, que va derecho a la raíz, y no tiene miedo de acometer una empresa como el examen de los males de nuestro tiempo, de intentar una solución de raíz, de tratar de una cura a fondo. Puntualmente desde esa fecha los trabajos fueron apareciendo una vez al mes, hasta llegar al número de 48. La muerte hizo imposible la continuación. El interés de los lectores fue creciendo de día en día. Algunos ensayos, como tendremos ocasión de ver, suscitaron no sólo interés sino una profunda conmoción.

El recurso a un diario para llegar a los lectores era una necesidad que Sciacca sentía en lo profundo. Al mismo tiempo colaboró en otros periódicos y revistas. El periódico del Vaticano, L'osservatore romano, le invitó con frecuencia a decir su palabra de filósofo cristiano sobre graves problemas del momento. No bastaba decir la verdad en los libros serios de estudioso, en las revistas como su Giornale di Metafisica, en las grandes colecciones y enciclopedias, de las cuales fue incansable promotor. La cultura de masas de nuestro tiempo requería descender a la plazuela con el ensayo de urgencia, como decía nuestro Ortega. Y por ello era preciso acomodarse. Ya en el siglo pasado se había puesto de moda la frase que si San Pablo viviese en nuestro tiempo habría recurrido al periódico para anunciar el evangelio. Sciacca periodista es la novedad de esta última obra.

El título se lo dio el mismo Sciacca, como nos advierte en la sencilla presentación que ha hecho su discípula Maria Manganelli. El magnífico hoy se llama. Sciacca cuidaba con esmero la publicación de sus obras completas. El plan general ya estaba en marcha. La numeración de los diversos volúmenes y el contenido de los mismos lo había trazado con tiempo. Primero los publicó Marzorati Editore en Milán, hasta el vol. 39. Pero ya el 40, que fue un espléndido regalo para el centenario tomista, del año 1974, fruto de estudio sincero y apasionado de Tomás de Aquino, como un horizonte de promesas para el filósofo de la plenitud que se hacía novicio en una escuela de tanto peso, se publicaba en Città nuova editrice. Ahí aparecieron el vol. 4 y el 37, dejados atrás por necesidad de revisión. Y ahora llega el 41 con el título llamativo. ¿Qué sentido hay que darle? Sciacca no lo dice, Manganelli tampoco. Se puede adivinar

por los rasgos al alcance. Por un lado, el tema de la actualidad era una constante de Sciacca. Era el pensador que comprometía su libertad con el tiempo. Gustaba de los análisis del pensar contemporáneo. Escribía sobre la hora de Cristo, el *kairós* del momento actual. Fueron célebres sus volúmenes sobre la filosofía hoy. Buscó en todo momento hacer de cada hombre el ser más pleno, más espiritual, como pide su esencia, en la cual pesa más lo espiritual y lo interior que lo corporal y lo mundano. Por ello definía al hombre como un «desequilibrado». Al tratar los grandes problemas de nuestro tiempo venía a cuento la palabra hoy. Era el modo de entrar de lleno en el corazón de los lectores. Esta obra no trata sólo de ilustrar. Más bien quiere convencer, cambiar, provocar una cierta metanoia frente a la situación que nos aprisiona. Tenemos un mundo de aspecto maravilloso, pero sin base ni consistencia. En la portada de la obra quiso poner un cuadro célebre de la torre de Babel de J. Breughel, que se conserva en la Academia de Siena. Su primer ensayo trata de la nueva Babel en que nos encontramos. Todo está a punto de caer sobre el hombre y lo grave es que cae el hombre también. Y esto es cosa seria. Por ello nos encontramos en un momento que hace falta acometer grandes empresas, construir un mundo nuevo. Magnífico se dice quien en verdad hace cosas magnas, grandes. La obra de cada uno hoy, cuando vea la situación, ha de ser la de colaborar con todas sus fuerzas a la edificación sobre bases nuevas de un mundo mejor. Por eso el título *El magnífico hoy*. Cualquiera de los lectores puede sentirse llamado un nuevo Lorenzo el Magnífico, que inicia un renacer de la cultura, del espíritu, de la civilización que se desmorona.

Con este propósito se advierte que el libro tiene una unidad de fondo en medio de la variedad. Sciacca es un escritor y un pensador. Vive en el éxtasis que quiere Heidegger del hombre. Más allá de sí mismo, lejos de todo narcisismo, ocupado a fondo con la verdad, sobre todo con la verdad que salva. Esta obra como las demás se abre con una página de colorido, con una nave de vela, que implica la fuerza de un viento superior que la mueve y el arte del hombre que la gobierna, pasando a velas desplegadas por el estrecho de Hércules, entre España y Africa, más allá de todo límite, porque «no hay obstáculos para el pensar humano, ni barreras insuperables, si es capaz de avanzar con el auxilio de la fe y la fuerza de la verdad de Cristo». El pintor florentino Primo Conti había hecho esta imagen para su obra, y la ha reproducido en todos los volúmenes, como santo y seña. Hay un fondo unificador. Sciacca se siente aquí como en el resto de su obra de madurez, un escritor que tiene un mensaje que comunicar. Hay en su obra una constante de profetismo. La

verdad contemplada se destina a ser verdad vivida con todas las consecuencias. Por ello entiende su tarea de escritor como la de un servidor de la verdad. Por ello tiene dos grandes funciones. La de denunciar y la de anunciar. Denuncia todo aquello que está infundado. Anuncia la nueva verdad que tiene que liberar al hombre de hoy, esclavo de tantas apariencias, trabajando en vano en la construcción de un mundo que se le viene encima sin que se dé cuenta. Este hilo conductor está de acuerdo con todo el resto de la obra. Es testimonio vivo de un hombre que cree en la verdad y en su fuerza poderosa y la busca allí donde se encuentra, en el ser, y en Dios.

Estos dos temas son la constante de estos trabajos. Vuelta a la metafísica, vuelta a la religión. El amigo Pareyson, hombre que ha luchado las mismas batallas que Sciacca en nuestro tiempo, que ha logrado una envidiable madurez de pensamiento, le ha dedicado un prefacio, que es una maravilla, tanto por la penetración sintética de toda la obra de Sciacca, que reduce a síntesis, por la defensa de esta línea de pensar que hunde sus raíces en lo cristiano, cuanto por la coincidencia en profundidad con el amigo a quien llama maestro. En el fondo hay una constante. Va al fondo. Se trata de resolver los problemas definitivos y con ellos de salvar al hombre, animal llamado a vivir de realidades sustantivas y no de fenómenos más o menos episódicos. Nuestro mundo está enfermo. Pero su gravedad procede tanto de lo que le falta cuanto de lo que le sobra. Le sobran cosas, abunda en el tener y con ello se carga inútilmente la existencia, le faltan realidades y por ello es todo una deficiencia, «manca-mento» como gusta de decir Sciacca con Leopardi. Pues la vuelta a esas profundidades supone el encuentro con algo que hoy causa a muchos cierto horror, y es el signo más evidente de la superficialidad en que viven. No hay profundo sin metafísica, ni hay metafísica si no aparece Dios como fundamento de la realidad. La lucha de Sciacca va en esta dirección. Un nuevo profeta que clama contra todos los que han denunciado el fin de la metafísica y quedan tan felices con la superficialidad del fenómeno y con el mero análisis de la experiencia, sin llegar nunca a fundarla. Un profeta de la verdad integral, de la interioridad y de la fuerza del espíritu que reclama la verdad personal y la llegada a Dios como fundamento a través de la vivencia religiosa de la fe. Por eso su pensamiento cobra fuerza en una tradición secular, en un mundo que ha vivido del espíritu. Por eso clama despiadado contra quienes rebuyen la voz de la interioridad y son culpables de que nuestro mundo siga ilusionado con una libertad que no le compete, y con una superficialidad que lo destruye. El núcleo de estos ensayos es todo un tratado de religión y de metafísica. Sciacca proyectaba haber clasificado los diversos ar-

titulos por temas, pero no lo hizo. Los editores han preferido dejarlos ordenados conforme a la fecha de su aparición, habiendo cambiado sólo el último para que el libro concluyese con un mensaje del año jubilar, que es todo un símbolo de su contenido. La nueva Babel que era motivo de consideración al principio, tenía un remedio en la conversión y reconciliación del final. Así la unidad de tema se mantenía en todo el arco de los diversos modos de formularlo.

Porque en verdad los temas tratados son múltiples. Los problemas de fondo admiten muchas perspectivas. Dar muestras de esta variedad temática es bien sencillo. Basta recorrer el índice con los títulos de cada uno de los trabajos. El título es toda una lección de síntesis de lo que el lector va a recibir leyendo. Es como un impacto que lo invite a la lectura. «La nueva Babel», «Cómo se pierde la libertad», «La razón enloquecida», «Ultima salida de Don Quijote», «Quiénes son los jóvenes», «La sociedad de los canguros», «Religiones», «Satan entre nosotros», y así hasta los 48 títulos sugestivos. Si aquí no podemos entretenernos en dar una idea de tanta riqueza, porque se trata sólo de dar cuenta de la obra y de invitar al lector a hacerla suya con la calma meditativa, no podemos pasar por alto uno de los ensayos, que es como índice y momento culminante de todos ellos. Es el número 43, y lleva el título «La iglesia y occidente». Lleva la fecha del 20 de octubre de 1974. Es una pieza maestra en el arte de escribir, de persuadir, de inquietar a fondo. Se trata de recordar la caída de Occidente en el siglo V, y hacer una comparación con la situación que nosotros atravesamos.

El año 476, Odoacro vence en Pavia al último emperador romano de Occidente, a Rómulo Augústulo. Este hecho implica un principio: que las culturas, por más que sean vigorosas y hayan dominado por largo tiempo, llega un momento en que terminan como todo lo vivo y lo humano. Toda la grandeza del mundo romano fue vencida de modo misterioso por un puñado de hombres que venían desde fuera, con menos cultura, menos tradición, menos derechos. El imperio romano moría más por las heridas que llevaba dentro que por las derrotas que le infligían desde fuera. Era víctima de sí mismo. Y en cambio, en las orillas de aquel imperio, como fuera de su alcance y con espíritu distinto del que lo animaba, pueblos nuevos con otro espíritu se hacían merecedores de tomar en sus manos el destino de occidente: filósofos como Plotino, pensadores como Justino, Tertuliano, Clemente, Agustín, los Capadocios, son testimonio de algo nuevo, de un espíritu que todo lo transforma. Son ellos los que se van a hacer dueños de las culturas de la tradición pujante: griega, romana, hebrea, germánica, árabe. Así se formó la cristiandad que vivificó el viejo mundo romano. Nació el auténtico occidente. Pero

este Occidente está ya viejo de muerte. Ya se ha convertido en occidentalismo. Desde el siglo XVI presenta para Sciacca síntomas de decadencia y de descomposición. Hoy está en situación trágica, porque está a punto de morir, como murió el imperio romano. Muere el occidentalismo, no el occidente. Por ello se debe acentuar hasta la rotura el «divorcio» entre la Iglesia y este occidente pervertido. De esas ruinas tiene que nacer también ahora el nuevo árbol. No hay que temer por la suerte de la Iglesia, que está fundada en Dios y en Cristo. Sciacca no salva en esta ruina ni al capitalismo ni al mundo marxista de occidente. Ambos están heridos de muerte porque tienen fundamentos falsos. Por ello quizá es conveniente que se acelere el proceso de descomposición, para que se haga posible el mundo del mañana, fundado sobre valores más firmes y más divinos. Heidegger sería el testigo de este mundo que se desmorona, como «el filósofo de la decadencia» que todo lo resuelve en la temporalidad y en la historia. «El título del destino ya está cortado, no lo corto yo» (265). La historia se demuestra el cementerio de la civilización y de las culturas.

Esta profecía, que parecía retomar la tesis de Spengler, sobre la Decadencia de Occidente, no podía pasar inadvertida. El eco que tuvo su artículo fue muy grande. Se vio obligado a volver sobre el tema en el mes de diciembre para advertir que por encima de la caída de la cultura de un pueblo o de otro hay una tradición que no muere, hay algo que se salva porque es un verdadero valor, y es preciso saber separarse de todo lo que ya es moribundo para aferrarse a lo vital. Por cierto, Sciacca advierte que este modo de ser le ha quitado muchas energías. Pero es hora de sacudirse todo lo que significa adherencia extraña para volver a su valor de ser testigo de un mundo nuevo. «La Iglesia asistirá a la sepultura del occidentalismo y continuará su curso, su misión evangelizadora y doctrinal desde el interno de otras civilizaciones y culturas, en medio de otros pueblos» (278). En cierto modo puede decirse que «Satanás está en medio de nosotros». Pero este es el designio de Dios sobre la historia, ser signo de contradicción y llevar adelante la lucha por el reino. Para ello no hacen falta muchos hombres. Sciacca había escrito en otra ocasión, y Pareyson lo pone aquí de relieve como algo de lo mejor que ha salido de su pluma: «La fe no es cuestión de cantidad, sino de intensidad: no importa que los cristianos sean tres millardos (tres mil millones) o tres mil: tres millardos de tибios hacen mucho menos que tres mil que tienen la fe que mueve las montañas. Al principio eran doce; uno fue el traidor y acabó colgado de la higuera; quedaron once, y ellos son los que han hecho

caer el imperio romano. ¡Que vuelvan los once, pero como aquellos!» (XLIV).

Tal es la situación de nuestro Occidente. Algo verdaderamente «trágico». El remedio está en los hombres capaces de sentir, con el sentimiento trágico de Unamuno, esta situación y ponerse en marcha en una nueva cruzada para salvar al hombre, aunque su mundo tenga que perecer. La salvación de la Europa que muere está en su renovación. Sciacca vuelve los ojos a los grandes. Piensa en un nuevo Don Quijote que salga por los caminos a desfacer estos entuertos. «Sólo en España, según Unamuno, puede nacer [este nuevo Don Quijote] antes que el europeísmo invasor la ponga bajo sus pies y ponga así fin a su existencia» (46).

Esta muestra es suficiente para ver que se trata de un libro «quemante», lleno de vigor y de fuego, de profetismo y de santa ira. Bien merece la pena entrar por sus páginas adentro y luchar con el escritor y el profeta hasta lograr más luz en esta contienda salvadora.